

## Plenus misericordiae et humanitatis

Se ha exagerado la ignorancia del gran mundo de Roma respecto del cristianismo primitivo. Parece que ya en tiempos de Claudio <sup>1</sup> la policía imperial tenía conocimiento de la comunidad cristiana de Roma. Por otra parte, se cita un *Annaeus Paulus Petrus* <sup>2</sup>, que bien podría ser un cristiano de la familia de Séneca. En realidad, el cristianismo no llegó como algo completamente novedoso, saliendo de la nada, sino que provenía de un substrato intelectual bien preparado. A ese substrato debía de pertenecer la medicina.

Aunque antes de Jesucristo estaba en gestación algo completamente nuevo <sup>3</sup>, llegó el cristianismo como novedad histórica, con su fuerza peculiar, cargado de energía espiritual. Su inigualable grandeza sólo se puede aprehender en la valoración del nuevo espíritu que informa a la nueva doctrina. Así pues, todo lo que no es amor es precristiano. Ese mensaje de amor superó Palestina y fue transmitido por medio de la *Koiné* griega, primera lengua ecuménica del cristianismo, que posteriormente cedió a una lengua única cristiana occidental. La lengua es la sangre del espíritu.

Me limitaré a presentar una posible penetración del pensamiento cristiano en un médico, Escribonio Largo, del siglo I de la época imperial, siglo éste cuyo espíritu exigía con creciente apremio el despertar de las almas. Era Escribonio Largo un médico romano, el más genuinamente romano de la primera época imperial, educado a la griega,

1 Suet., *Claud.*, 25.

2 De Rossi, *Bolet.*, 1876, 6 ss.

3 Eusebio, *Praepar. euang.* PG 21.

cuya escuela se ignora. Hacia el 47 d. C. escribió sus *Compositiones* (Recetario). Como ha demostrado K. Deichgräber, tanto la lengua (sin grecismos) como el estilo con que está escrita su obra, y en especial la Introducción, pueden ser considerados específicamente romanos, aunque su obra acuse la presencia de la medicina griega. Escribonio Largo nos sirve de testimonio de la absorción que en Roma y por Roma se hizo de la medicina griega. En filosofía el ejemplo es Cicerón.

Una carta de Escribonio Largo, médico áulico del emperador Claudio, dirigida a C. Julio Calisto, sirve de introducción a sus *Compositiones*. Es aquí donde se lee (Helmreich, 2, 17): *in medicis... plenus misericordiae et humanitatis animus est*. Uno de los autores del advenimiento de Claudio fue C. Julio Calisto. Este, en la actualidad aquélla, formaba parte de los Servicios centrales del Gabinete imperial como encargado del Servicio de peticiones y justicia (*a libellis*). ¿Cómo interpretar esas palabras de Escribonio Largo? ¿Son debidas al estoicismo imperante de la época o hay que buscar acaso una interpretación en fuentes helénicas? ¿O en el cristianismo?

En realidad, como se ha subrayado recientemente (H. Schipperges, H. Schadewaldt), la marcada compasión del médico por los enfermos tomó forma verdadera por primera vez en el ámbito cristiano. Y es de notar que no sólo Escribonio Largo, médico profano romano, sino el médico griego Areteo, pugnan por esta compasión tan intensamente como los mismos cristianos. Areteo de Capadocia era médico pneumático ortodoxo de mediados del siglo I de Cristo. Estaba relacionado con el famoso farmacólogo Dioscórides y también con su protector Andrómaco, médico de cabecera de Nerón. Todo esto puede indicar que hubiera vivido temporalmente en Roma. Leemos en un pasaje conmovedor de Areteo que ante ciertas enfermedades incurables y atroces el médico no puede ayudar, sino sólo compadecer: «esta es la mayor desdicha del médico». ¿Cómo pudieron llegar estos dos médicos, que vivieron en la época del cristianismo primitivo, a tener tales ideas? La filosofía estoica, al menos, la de la primera época del Imperio, no podía habérselas transmitido. En cuanto a la compasión como tal, los estoicos de

esta época habían rechazado expresamente el convertir lo «ajeno» en «propio» y compadecer interiormente a alguien. Según Séneca, su «sabio» deberá aliviar la miseria ajena sin compadecerse de ella, *tranquilla mente, uultu suo*<sup>4</sup>.

Hay una sentencia en un escrito hipocrático (*Peri physōn*) que, sin duda, ambos médicos conocían, y que dice: «El médico ve lo horrible, toca lo desagradable y crea su propia preocupación del padecer ajeno». Aquí, en un escrito que procede posiblemente del siglo IV a. C., se hace visible lo que movió a los dos médicos del siglo I d. C. Esto ha escrito un historiador de la medicina sin detenerse a explicar cómo algunos médicos de entre los primitivos cristianos llegaron a ser mártires de su fe (entre ellos Alejandro el Frigio y Zenobio) ni cómo alguno de ellos alcanzó la dignidad episcopal: así Teodoto de Laodicea, «eminente —dice Eusebio de Cesarea— en la curación del cuerpo humano y sin igual en la cura de almas, en el amor al prójimo, en la nobleza de ánimo y en la compasión por los demás»<sup>5</sup>.

Ese enunciado de la antigua medicina hipocrática del que ya he hablado está aislado dentro de su propio ámbito. No digo que la antigua medicina hipocrática no hubiera sentido interés por el paciente; pero la marcada compasión, ese sentimiento de condolencia hacia los que sufren, sentimiento que procede del interior de la persona y que ha sido elevado a precepto ético, tampoco había tomado forma de este modo hasta entonces. Por consiguiente, es muy posible —como dice un comentarista— que «el autor de aquel escrito hipocrático, más que expresar un sentir generalizado, haya simplemente encontrado (o querido encontrar) una formulación efectiva desde el punto de vista del estilo y retóricamente aguda».

Los cristianos primitivos se remitieron a Hipócrates y especialmente a sus palabras del *Peri physōn* para demostrar de qué modo debía ser formado el médico cristiano. Con todo, F. Kudlien no cree que los médicos cristianos, como tales, fueran los primeros en representar una cierta ética,

4 *De clementia*, 2, 62.

5 Eusebio, *H<sup>a</sup> Eccles.*, 7, 32, 23.

y afirma que más bien habría que pensar en el papel —a su juicio, decisivo— que jugaron los médicos no cristianos del siglo I d. C. (Escribonio Largo, Areteo) entre la medicina y el cristianismo. Y no descarta el genio de la época. Es cierto que en la filosofía romana de las postrimerías del helenismo (Panecio, Cicerón) tenía cada vez más pujanza la idea de la unidad del género humano y la tendencia hacia un interés, complacencia y compasión de unos por otros. Pero esto no explica —a mi entender— la convergencia sorprendente de los médicos cristianos y la de los otros evidentemente no cristianos del siglo I d. C. en el amor al paciente.

En ese siglo I d. C. tiene lugar un renacimiento de Hipócrates que fundamenta la base científica de la medicina. Aparentemente el tan famoso «juramento hipocrático» parece ganar un significado amplio como eje de la ética médica en escritores médicos como Escribonio Largo. Mas de ningún modo puede dejar de considerarse que en los llamados escritos deontológicos del *Corpus Hippocraticum* (*Sobre la decencia, Preceptos, Sobre el médico*) que, al parecer, no provienen de la época helenística, sino posiblemente de la helenístico-romana, es decir, del siglo I d. C., se habla más de la conducta externa del médico que de su disposición interior. Para la vieja tradición griega no sólo la ética médica, sino la ética en general, era esencialmente «etiqueta», que poco a poco fue ganando en su dimensión interna.

Respecto a la compasión médica en sus puntos de contacto con el cristianismo primitivo, habrá que pensar en el cristianismo que empezaba a surgir, así como en su ética. En aquel tiempo sucedió algo nuevo y maravilloso. Es el propio Kudlien el que interpreta los hechos con estas palabras: «Una amalgama rica y extraordinaria de colores y sonidos surgió en esta primera época (imperial), en la que tiene lugar el choque de la medicina griega con Roma y florece el cristianismo primitivo».

El médico cristiano sabe que su actitud como médico debe ser de «escucha» y de «disponibilidad» ante cualquier voz doliente. Ya había dicho el Señor por Ezequiel: «Os daré un corazón nuevo, y un espíritu renovado infundiré en vuestro interior; y quitaré de vuestro cuerpo el corazón de piedra

y os daré un corazón de carne» (Ezeq. 36, 26). El médico cristiano se acercará al enfermo con «amor de caridad».

¿Y qué decir sobre la asistencia a los enfermos incurables y desahuciados? Un precepto del escrito hipocrático *De arte* ordenaba a los médicos «abstenerse del tratamiento de aquellas personas que ya están dominadas por la enfermedad, puesto que en tal caso se sabe que el arte del médico ya no es capaz de nada» (Littre, 4, 14). Todavía en el siglo III de nuestra era podía Orígenes —basándose, sin duda, en su experiencia de ciudadano de Alejandría— aludir a enfermos «tan corrompidos ya y con tan mal sesgo en su dolencia, que un médico entendido tendría escrúpulo en tratarlos»<sup>6</sup>. El médico, pues, formado en la *physiologia* de Hipócrates y Galeno creía un deber negarse al tratamiento de los incurables y los desahuciados. A esto quedaría reducido, casi siempre, el «ayudar o no dañar» hipocrático, es decir, el famoso *ὠφλέειν ἢ μὴ βλάπτειν*. (Hipp. *Epid. I*, 14).

El modo cristiano de entender la asistencia al enfermo se ha expresado de varias maneras desde un punto de vista médico. El médico cristiano tiene la obligación de amar con amor activo y operante de caridad al prójimo enfermo y menesteroso.

La palabra *philanthropía* estuvo de moda en la Antigüedad griega. Pero ese «amor al hombre» se hallaba internamente determinado por la idea helénica de la amistad (*philia*) y del ser humano. El médico pagano no podía pasar de ahí. La caridad cristiana —espiritualización de esa filantropía helénica— fue la que inició en Occidente el tratamiento médico desinteresado e impuso la compasión ante el sufrimiento ajeno. «La medicina —dice Lain E.— que para el griego había sido pura *tékhnē iatriké, ars medica*, llegó a ser para el cristiano *tékhnē agapetiké, ars caritativa*<sup>7</sup>.

Debo detenerme ahora en las palabras de Escríbonio Largo, médico no cristiano. Nadie ignora que la coincidencia de términos encierra a veces pensamientos muy distintos. A menudo la coincidencia es más aparente que real. No pretendo torcer las palabras del médico romano. Sólo las

6 *Contra Celsum*, 3, 25.

7 P. Lain Entralgo, *Mysterium doloris* 65.

insertaré en su correspondiente contexto socio-político-cultural con la intención de descubrir la posible influencia del cristianismo naciente en un médico pagano. Mi argumentación se basa en un dato histórico. El texto de Suetonio es el siguiente (*Claud. 25*): *Iudaeos impulsore Chresto assidue tumultuantis Roma expulit* = «(Claudio) expulsó de Roma a los judíos, porque instigados por Crestos, provocaban constantes alborotos». El texto no habla explícitamente de expulsión de cristianos. Precisaré que Roma durante mucho tiempo no distinguió jamás entre judíos y cristianos. Escribonio Largo, como médico áulico de Claudio, tuvo que tener noticias ciertas del nuevo espíritu de la nueva religión porque Claudio, sin duda, tenía a los «enemigos» (los cristianos) en su propio palacio.

En el latín cristiano antiguo hubo en su vocabulario un desarrollo de numerosos *sentidos afectivos nuevos*, paralelamente a la creación de algunos *neologismos* destinados a traducir el sentimiento de la caridad<sup>8</sup>. «El sentido —la mente, el corazón— del médico debe estar lleno, según Escribonio, *misericae et humanitatis*». No es del todo evidente que estas palabras sean coronación y remate brillante de la filosofía griega y romana anteriores. El nuevo espíritu del cristianismo naciente impregnó, sin duda, de un novísimo sentido a esas palabras: *miserica*, primero, como un sentimiento de verdadera pena y compasión por los que sufren, que impulsa a ayudarles o, al menos, aliviarles, y *humanitas* después, no en el sentido antiguo de *filantropía*, sino en el de caridad o amor hacia los hombres, sentido nuevo que Clemente Romano en su carta a los Corintios (*Ep. 8* = M.2.44A) calificaría como μέγιστον ἀγαθόν.

Bastaría echar una ojeada al *Thesaurus* para comprobar que los términos *miserica* y *humanitas* no son términos, vocablos, nuevos. De ningún modo aletea sobre ellos el espíritu de la nueva ley. En boca de sus autores son palabras frías. Incluso en labios de Séneca de quien dijo Tertuliano *Seneca saepe noster* (*De anima*, 20).

8 A. Blaise, *Manuel du latin chrétien*, 52.

El precepto ético expuesto es ineludible para Escribano Largo. Un precepto que, según queda dicho, va más allá de la deontología médica antigua y de las exigencias del mundo helenístico-romano. Podría aceptarse que es una superposición de ideas evangélicas sobre un fondo de filosofía pagana. A mi entender, este precepto ético contiene una nueva fuerza interior que lo distingue, fuerza proveniente para mí del maravilloso estallido de amor del cristianismo.

DIONISIO OLLERO